

CARTA A LA MUJER QUE DESEÉ SER Y NUNCA CONOCERÉ

Te escribo al frente de un ordenador una tarde calurosa de mayo después de dejar a Rodrigo –mi hijo- en su clase de guitarra. Sí, tengo un hijo de 11 años a mis escasos 30 (aunque he de decir que ya no estoy tan chamaca). Muchas veces soñé contigo ¿sabes?, era muy chiquita cuando pensaba en que sería maravilloso ser como tú, una mujer exitosa, con mucho dinero, una casa, viajes y sobre todo: muchos hombres que me amaran...sin embargo, no fue así. Quiero contarte mi historia ya que no creo que un día podamos conocernos, quizá coincidamos en algún espacio muy remoto pero dudo que crucemos siquiera la mirada.

Para empezar tengo una fisionomía muy distinta a la tuya, apenas si alcanzo los 1.56 de estatura, tengo una piel cafecita como café con leche y unos ojos color ámbar. Mi nariz es apenas un intento de este órgano (pareciera más un pedazo de plastilina triangular que algún preescolar le puso a mi figura de acción). Mi cabello aunque hoy me lo reconozco hermoso, por muchos años me creó conflicto, ya te imaginarás... no es lacio ni chino e imita perfectamente a la melena del ya extinto león negro. No recuerdo haber sido en todos estos años delgada quizá por eso pensaba tanto en ti.

Nací un 22 de abril en algún hospital de Milpa Alta que hoy en día ya no existe, desde pequeña fui muy enfermiza, a escasos dos meses de nacimiento tuve una complicación respiratoria que los médicos diagnosticaron como enfisema pulmonar que trajo como consecuencia dos semanas en terapia intensiva.

A partir de ahí mi niñez se tornó muy amigable, tengo un padre que me consentía demasiado y una madre –muy estricta que siempre cuidó de mí y mis hermanos y aunque toda mi niñez y adolescencia tuve conflictos con ella, ahora al mirarme al espejo, me doy cuenta que poco a poco me parezco más a ella.

La vida en casa de mis padres era muy tranquila, arriba de ella ya se encontraba el monte y debajo de ella un gran llano donde pasé casi todas las tardes de mi niñez, salíamos con las bicicletas y en un enorme árbol de pirúl nos habían colgado un lazo que usábamos como columpio, nos subíamos a una barda que en ese tiempo me parecía una gran muralla y de ahí nos lanzábamos al infinito, al cielo para volar. No he perdido ese amor por el balanceo, por sentir el viento en mi cabello y aquel péndulo que me hace subir y bajar, ahora lo sustituyo con una hamaca o a veces si veo un columpio resistente en el patio, no dudo en subirme. Los domingos, mi papá jugaba fútbol y entonces nosotros nos pasábamos brincando y corriendo en el deportivo comiendo cantidades asombrosas de comida chatarra y dulces, cuando caía la tarde, derrotados y muy mugroso, nos dábamos un baño y caíamos como tablas sobre la cama.

En la primaria fui una niña destacada pero no tanto como para llamarme cerebrita, sin embargo, estuve en la escolta y participé en cada uno de los bailables que hacían año con año en el festival de Día de las madres, lo confieso, siempre he amado las artes.

Aunque siempre he querido ser muy segura y orgullosa como tú, no he podido, he de reconocer que tengo corazón de pollo y mi sensibilidad me rebasa a límites que

muchas veces odio...lloro por todo y por nada. No soporto las injusticias ni los malos tratos, aborrezco que traten mal a los niños, ancianos o a los animales. Lloro cuando mi hijo canta o baila en la escuela, cuando discuto con alguien, con películas o canciones. Lloro cuando termino un libro o cuando siento que alguien me ha despreciado o traicionado y a pesar de que muchos años pensé que este era un gran defecto, hoy he aprendido a abrazarlo, al final de cuentas esto me ha hecho ser la persona que hoy te escribe esta carta.

En fin, dejemos las cursilerías y sigamos con mi historia: En la secundaria fui una niña un tanto perdida, a veces pienso que la cursé con los ojos cerrados, estaba tan preocupada por sentirme deseada por los chicos de la escuela que olvidé disfrutar lo que esa época me estaba regalando, sólo hay un recuerdo que me aborda de vez en cuando y es por el hecho de saber que en ese tiempo la vida me estaba mostrando mi camino pero no era consciente de eso... Un día escribí sobre la flor de cempasúchil y la ofrenda en Día de muertos, no recuerdo que decía sólo que la profesora de español me dijo que yo no había podido escribir eso y a regañadientes me puso un nueve. En ese tiempo no me había dado cuenta que sentía un gran amor por las letras, los libros y todo aquello que disparaba mi imaginación.

En la preparatoria fui una adolescente muy feliz, me sentía tan segura de mí y muy inteligente, las clases me parecían muy enriquecedoras y de una u otra forma lograba aprehenderlas y entenderlas. Todo esto llegó acompañado de muchos amigos, fiestas, mi sexualidad y mi primer amor así como un premio que gané en un concurso de cuento en la preparatoria que después se convirtió en un tercer lugar en la Universiada de Chapingo a nivel bachillerato, de nuevo la vida me regalaba

una razón más para amar lo que en esta etapa me estaba sucediendo. Me sentía tan querida por la pareja que había encontrado, coincidíamos en nuestras ideas revolucionarias y nuestras ganas de cambiar al mundo, así como decía Salvador Allende “Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica”. Las tardes las pasábamos juntos, tanto, que quedé embarazada cuando cursaba el cuarto semestre ¿te imaginas? Todo ese mundo que me había imaginado se empezó a disolver cuando me di cuenta que acababa de decidir que tendría a mi hijo, que dejaría la escuela, que tendría que decirle mis padres y que inevitablemente tendríamos que buscar una manera de generar dinero. Como ya te había contado, mi padre fue muy consentidor conmigo por lo tanto no fue nada fácil decírselo y cuando se enteró su mirada se llenó de decepción y no volvió a dirigirme la palabra hasta que conoció al pequeño ¿Quieres que te cuente cómo fue el primer día que vio la luz del Sol mi hijo?

Cuando tenía 38 semanas de embarazo, había pasado dos noches difíciles, al parecer la fuente se me había roto desde hace un día, fuimos al hospital pero aún no había indicios de dilatación. Al día siguiente decidí lavar los pañales de tela que le había hecho al futuro bebé, ya que mi madre decía que cuando ella estaba embarazada, días antes de parir lavaba a mano y eso hacía que el parto se le facilitara. Así fue, en la noche me di un baño caliente y cené muy ligero, a las dos de la madrugada los dolores aparecieron, aún eran soportables y hasta llegué a pensar que aquello del parto estaba sobrevalorado (que equivocada estaba). De nuevo fuimos al hospital y aunque ya llevaba algunos centímetros de dilatación, me regresaron a casa... dos horas después el pequeño Rodrigo estaba naciendo

asistido por su abuela y su padre. Es indescriptible todo lo que pasó ese día, fue como un sueño, sólo recuerdo que el dolor se hizo insoportable y que al sentir que mi hijo no podía nacer, sentí mucho miedo porque con cada esfuerzo se iban esfumando mis energías. Un grito desgarrador le dio la bienvenida a una nueva vida y yo sólo pude escuchar a su padre decirme que era un niño, abrí los ojos y vi cómo mi madre le limpiaba las flemas que lo cubrían y él tratando de abrir sus párpados pegajosos, de inmediato llegaron mis familiares y un taxi que me llevó al hospital. Llegando me quitaron a mi hijo y a mí me asistieron ya que aún no había arrojado la placenta y era necesario hacer algunos procesos por la naturaleza de mi parto. En la tarde me llevaron al bebé y al insistirle que comiera me di cuenta que respiraba muy extraño, llamé a la enfermera y se lo volvieron a llevar. Al bebé se le había metido sangre al estómago por el tardío corte de su cordón umbilical, se tenía que quedar internado. Salí del hospital a la mañana siguiente, con el cuerpo adolorido y mis brazos vacíos.

El nacimiento de Rodrigo marcó un parte aguas en mi vida y aunque suene a cliché siempre habrá un antes y un después al ser madre. Los años que secundaron fueron de muchos cambios, aprendizajes y una que otra frustración al no saber cómo se suponía que era la maternidad.

Regresé a la preparatoria y la concluí, después de ella tomé la decisión de seguir estudiando ¿Pero qué?

Como quizá ya lo imaginaste, comencé a estudiar letras, Creación literaria para ser precisos. Los años de Universidad fueron muy enriquecedores, así como hostiles:

conforme me desarrollaba profesionalmente, mi matrimonio se iba fracturando, él, un infante de marina que se ausentaba por meses también había decidido llevar otras relaciones y en consecuencia yo caí en una psicosis que me hacía permanecer constantemente ansiosa, así como desarrollar una gran inseguridad y baja autoestima. Sin embargo, era mi decisión estar con él y tener todos esos monstruos que rondaban mi cabeza.

Debo confesarte que la Universidad fue mi tabla de salvación para todos aquellos conflictos que se daban cada que él llegaba de trabajar después de meses de ausencia. ¿y por qué no lo dejaste? seguro te preguntarás...porque la codependencia es una adicción como cualquier otra droga que te hace necesitarlo a cada respiro que das, que cuando se aleja sufres un síndrome de abstinencia que te genera una mayor ansiedad. Visite algunos psicólogos que me hicieron ver lo que pasaba y de alguna manera me asesoraban para que saliera de esa relación tóxica pero quizá yo no quería dejarla. Cuando los problemas eran mayores me enteré que estaba embarazada, sin embargo, decidí interrumpir mi embarazo, en ese momento no quería traer a otro bebé a que sufriera toda la basura en la que nos encontrábamos por nuestra inestabilidad e irresponsabilidad. Quizá te preguntes si me arrepiento... No, hasta hoy en día sigo convencida que si no puedes darle a tus hijos una buena estabilidad emocional, amor, educación y valores, lo mejor es no tenerlos.

Lo intentamos en varias ocasiones, al punto de decidir que lo mejor era que dejara ese trabajo y montar un proyecto juntos que nos mantuviera unidos y con la esperanza que acortando la distancia pudiera resurgir el amor. Con el negocio

funcionando y a punto de graduarme, un grupo de enfermedades dejó a mi cuerpo un par de meses en cama. Estudios determinaron que tenía los riñones y la vesícula llena de cálculos y me sometí a varios tratamientos que prometían erradicar la enfermedad. Aún, después de cinco años, mis órganos no están del todo limpios, sin embargo están bajo control.

Dos años viviendo juntos, a diario, bastaron para que todo colapsara: víctimas de la delincuencia en el pequeño negocio que habíamos montado y al amenazarnos de muerte tuvimos que irnos de la que era nuestra casa e irnos a una vecindad de sus familiares, sólo un año estuve ahí... las cosas no fueron como lo había creído, ahora no sólo seguían existiendo infidelidades sino un maltrato físico de su parte, yo estaba hundida en una depresión por lo que había pasado, con un miedo de que aquellas personas supieran en donde vivíamos y también al darme cuenta que el hombre al que tanto amaba simplemente no me amaba de la misma manera.

Ese año yo lo tomo como el proceso donde aprendí a irlo soltando, a agotar todo el amor que aún le tenía y a aceptar que nunca volvería a ser igual. Que al chico que conocí en la prepa ya no era el mismo y que simplemente nuestros caminos ya no iban por el mismo rumbo.

Regresé muy cerca de la casa de mis padres y comencé a vivir con mi hermana y su pareja. Fue otro comienzo, vivir como madre soltera, independiente, sin papás o pareja que me solventaran mis gastos. Es la época más austera que he tenido, buscar pequeños empleos que me dieran para las cosas que necesitábamos, así como buscar tiempos para las obligaciones que me demandaba Rodrigo. Ir y venir

y replantearme qué estaba haciendo con mi vida, qué es lo que quería en ese momento y cómo le iba a hacer para comenzar a superar todos los demonios que aún gobernaban en mí.

En ese lapso y como en un cuento de fantasía conocí al hermano de una gran amiga que me brindó mucho apoyo moral en mis procesos de sanación e irremediablemente comenzamos a compartir tiempos, vivencias y un amor muy natural. Decidimos formar proyectos juntos e irnos ayudando a ser personas felices. Te cuento que estoy en proceso de titulación, en búsqueda de un trabajo que me permita ejercer lo que amo y con mil ideas y proyectos en la cabeza. Tejo en telar de cintura porque me parece fundamental rescatar la historia textil que tiene nuestra comunidad, gestiono una Sala de lectura comunitaria y rescato mediante la literatura toda la tradición oral que existe en estos pueblos. Eso es lo que amo ser.

Hoy estoy aquí, terminando esta carta, sentada en mi escritorio en un día que promete llover. Contándote que empiezo una nueva etapa con otra pareja, en otra casa y con mi hijo. En la que me doy cuenta que te anhelé tanto porque de alguna manera siempre estuviste aquí conmigo pero yo no te permití salir porque al final esta es la mujer que decidí ser y tú sólo fuiste un personaje de la historia que tiene mi vida.

Te diré que te quiero porque eres el punto de referencia para ir marcando mi propio camino, que al final de cuentas creo que yo no sería feliz con las cosas que tú tienes y sin embargo, las admiro.

Para despedirme quiero decirte que este no es un cuento con final feliz, que sólo es un capítulo más y que no sé cómo terminará pero que sí te puedo asegurar que los anteriores me han servido para escribir este con menos incongruencias y más aciertos.

Te deseo lo mejor.

Atte: Lolita